

rio Internacional, los problemas de balanza de pagos, el valor del oro, la emisión de derechos especiales de giro, etc.

En un capítulo posterior hay una referencia que tiene mérito al hecho de la influencia de la juventud en la formación de la fuerza de trabajo, sobre todo en los países de menor desarrollo, lo que obliga a orientarse hacia problemas de empleo. Otro capítulo trata sobre las proyecciones de la economía mundial al año 2000. En éste se basa en las de Kahn y Wiener, modificadas en algunas partes; son desde luego proyecciones exponenciales que cada día están siendo objeto de mayor crítica.

Hay un capítulo final sobre China, un poco superficial, pero desde luego interesante en vista de la coyuntura actual, porque en él deja ver que los antecedentes de la apertura entre China y Estados Unidos habían sido previstos hace varios años.

En resumen el libro es muy desigual, da la impresión de haberse escrito muy a la carrera, y como se dijo antes, ofrece el inconveniente de no ser enteramente orientador y didáctico debido a las ideas muy particulares del autor sobre algunos puntos específicos de financiamiento.

VÍCTOR L. URQUIDI
El Colegio de México

DAVID GREEN, *The Containment of Latin America: The Myths and Realities of the Good Neighbor Policy*, Chicago, Quadrangle Books, Inc., 1971, 367 pp.

Como lo indica su título, este es otro estudio de la Política del Buen Vecino de Franklin D. Roosevelt hacia América Latina que trata de analizar históricamente los éxitos y los fracasos de dicha política. El autor, profesor de Historia en la Universidad de Saskatchewan, hace una reseña muy perspicaz de la Política y concluye que "en el largo plazo, la Política del Buen Vecino fue un fracaso" (p. 291). Su tesis principal es que la política, basada en las mejores intenciones, eventualmente se convirtió en una política para la contención y el control de América Latina por parte de Estados Unidos.

Green sostiene que la Política del Buen Vecino fue la respuesta de la Administración de Roosevelt a un gran número de presiones y problemas que surgieron de una nueva ola de nacionalismo latinoamericano y de la amenaza de las potencias del Eje durante la década de 1930. Con esta política de múltiple facetas se pretendía combatir la depresión económica de Estados Unidos estimulando las exportaciones norteamericanas a América Latina y las inversiones norteamericanas en dicha área. En otro nivel, la política trataba de proteger la posición dominante que Estados Unidos ocupa en América Latina, haciendo que los nexos económicos fortificados superaran el nacionalismo económico político de América Latina. Al mismo tiempo, Roosevelt quería enfrentar el reto del fascismo y el socialismo en América Latina con un frente interamericano anteje.

La política de Roosevelt logró fortalecer y extender la posición económica de Estados Unidos en el hemisferio, y limitar la penetración del Eje. Pero, de acuerdo con el argumento del profesor Green, en el largo plazo no pudo Roosevelt crear una atmósfera adecuada para el desarrollo sistemático, pacífico, de América Latina; obtener el apoyo general de los latinoamericanos para su política; convencer a los latinoamericanos de que la Política del Buen Vecino era

realmente una política de la "benevolencia institucionalizada"; resolver las contradicciones básicas existentes entre el nacionalismo latinoamericano y el dominio de Estados Unidos; y "superar el nacionalismo revolucionario latinoamericano, o evitar la necesidad del mismo" (p. 291).

Como observa el profesor Green, quienes decidían las políticas en la administración de Roosevelt no se oponían al desarrollo latinoamericano, "ni estaban rígidamente comprometidos a defender todos los arreglos existentes relativos a las propiedades de ciudadanos norteamericanos en América Latina" (p. ix). Evidentemente, Roosevelt y sus asesores habían abandonado la diplomacia del "Garrote". Pero la esencia de la política residía en que los norteamericanos consideraban que ellos, y no los revolucionarios nacionalistas, "tenían una percepción más realista y sensata de la forma que debería adoptar el desarrollo de los recursos latinoamericanos" (p. ix). El resultado de esta estrechez de criterio fue que aumentó considerablemente la influencia norteamericana sobre la economía y la política latinoamericanas durante las décadas de 1930 y 1940, pero a la vez se intensificó la lucha entre los nacionalistas norteamericanos y los políticos norteamericanos, como se puso de manifiesto en Bolivia (1952), Guatemala (1945), Cuba (1959), Brasil (1961), la República Dominicana (1965), y Perú (1968). Tal vez podríamos agregar a esta lista a Chile (1970). Green señala que la política no tomó en cuenta los deseos básicos del nacionalismo latinoamericano y consecuentemente llevó a un aumento del descontento social y a una nueva serie de inestabilidades políticas en las décadas de 1950 y 1960. La política misma era antinacionahsta y antiestatista hasta el punto de que Estados Unidos empezó a apoyar los regímenes políticos (usualmente reaccionarios y militaristas) que aceptaran la dominación norteamericana y contuvieran la marea creciente de la revolución popular. Por lo tanto, la Política del Buen Vecino se convirtió fácilmente en una política de contención en América Latina después de 1945.

La Política del Buen Vecino original se basaba en la idea de conceder a los latinoamericanos "una participación en la toma de decisiones en los asuntos económicos interamericanos, y una participación en la riqueza que el capital público y privado está creando en América Latina a partir de sus vastos recursos" (p. 38). Sin embargo, Green observa que el programa de Estados Unidos, diseñado para "dar" a los latinoamericanos una "participación" en "sus propios recursos", provocó un profundo escepticismo entre los empresarios norteamericanos, los nacionalistas latinoamericanos, los economistas, y los funcionarios de oficinas norteamericanas, mientras que la guerra interrumpió los pocos proyectos multilaterales que se habían iniciado. En estas condiciones, el programa nunca se pudo iniciar, y América Latina surgió de los años de la guerra "desorganizada, dislocada, pobre, desnutrida, e indefensa frente al sistema económico de Estados Unidos grandemente fortalecido" (p. 287).

Green narra las vicisitudes de la Política del Buen Vecino desde los años treinta hasta fines de la administración de Truman, entretrejiendo fuentes norteamericanas y latinoamericanas en un libro detallado, ameno, que hace mediar. Aclara que ni Roosevelt ni Truman tenían malas intenciones hacia América Latina. Estos dos estadistas no eran hombres egoístas que "sacrificarían" al imperio por la gloria de Estados Unidos. Sostiene el autor que, a causa de las múltiples fuerzas que describe en su libro, en la práctica la política se convirtió exactamente en lo opuesto a una política de buen vecino. "Allí se encuentran las raíces de la tragedia de las relaciones interamericanas actuales" (p. x).

Green muestra cómo la contención norteamericana de América Latina, rea-

lizada después de 1948, surge de una aceptación de la Política del Buen Vecino que continúa manteniendo rígidamente a Estados Unidos en la creencia de que la paz y el desarrollo de América Latina deben lograrse de acuerdo con términos norteamericanos y equipararse al crecimiento del poder norteamericano. Aquí se encuentran algunas de las causas de actuales problemas interamericanos. La Política del Buen Vecino había dado por supuesto que la estabilidad y la ortodoxia políticas eran necesarias para un desarrollo económico "sano". Pero como advierte Green, para la década de 1950 la dependencia económica de Estados Unidos que había estimulado la Política del Buen Vecino estaba minando seriamente la estabilidad y el desarrollo pacífico del área. Green sostiene que la Alianza para el Progreso surgió en los años sesentas como una "versión modernizada" de la Política del Buen Vecino, y como una respuesta a poderosas y peligrosas llamaradas de nacionalismo revolucionario en América Latina, que inició Fidel Castro en 1959. De acuerdo con Green "la idea consistía todavía en asegurarse de que los latinoamericanos no hicieran nada que interfiriese sustancialmente con las propiedades norteamericanas o la influencia de Estados Unidos en América Latina... 'Démosles una participación', pudo haber dicho John Kennedy en 1961, si no lo hubiese dicho ya Franklin D. Roosevelt en 1940" (p. 297).

Para el estudioso de la diplomacia norteamericana, el valor de este libro radica principalmente en la intrigante perspectiva que utiliza Green para evaluar la Política del Buen Vecino. La obra está bien escrita y revela una amplia investigación. Es evidente que el autor hace una contribución valiosa a la literatura de la política exterior de Estados Unidos.

JOEL G. VERNER

DAVID C. GORDON, *Self-Determination and History in the Third World*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1971, 219 pp.

Las obras históricas se pueden dividir en términos generales en dos categorías: utilitaristas y científicas. La primera categoría está destinada a servir los intereses colectivos de un pueblo; la segunda busca iluminar a los hombres en lo que respecta a su experiencia pasada. La primera utiliza mitos, ilusiones y símbolos; la última emplea criterios objetivos moderados por un sentido de proporción y universalidad. Una evoca una sensación de fatalidad, la otra proporciona un correctivo. El estudio de Gordon se ocupa principalmente de las varias corrientes de la escuela "utilitarista" que han surgido en el Tercer Mundo en un período que ahora está de moda llamar de descolonización. Enfoca sobre todo el período siguiente a la primera Guerra Mundial, y los estudios de casos se obtienen del Medio Oriente, India, Grecia, y los Estados africanos.

La preocupación común de los líderes de los movimientos de liberación nacional con la historia asume muchas formas, que van desde el sentimiento de que la historia es una pesadilla de la que se debe despertar hasta el sentimiento de un ilustre pasado que debe resucitar tras de las ofensas de los colonialistas. En términos generales, estas formas han cristalizado en tres enfoques: el "futurista" cuyos partidarios creen que la historia debe ser conjurada y superada; el "apologético", cuyos defensores creen que la salvación y el poder en el presente pueden alcanzarse volviendo a una tradición específica del pasado; y el "de reconstrucción", cuyos proponentes opinan que un futuro progresista sólo se puede basar en un pasado vigorizado.